

X **JOSE E. MUÑOZ**



X **PENSAMIENTO Y BIOLOGIA**

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

PENSAMIENTO Y BIOLOGIA

Las bases de nuestro conocimiento.—Los elementos de verdad objetiva, sobre los cuales descansa nuestro conocimiento, se nos escapan y han desaparecido casi, en la concepción científica y filosófica de nuestro tiempo, de un dinamismo universal misterioso, al cual nuestro ser físico y psíquico participa y en cuyo seno el espíritu ha perdido todo punto fijo de reposo y se encuentra arrastrado en ese inmenso vértigo febril.

El silencio de los espacios infinitos que espantaba a Pascal, permanece también aún para nosotros, profundo y misterioso. El espacio intratómico que Pascal no había concebido y que nuestra especulación ha penetrado, desvelando sus enigmas y midiendo sus secretas cámaras, posee toda la inmensidad sideral, y el microcosmos de la célula viva evoca, asimismo, la misma imagen profunda de energía y de movimiento infinitos, complejos e indescifrables.

Las definiciones de la Física antigua han perdido su valor absoluto. La materia, considerada hasta entonces, como inerte y pasiva, se revela indefinidamente móvil y variable. La noción de masa y la noción de energía son idénticas a la luz de la física einsteiniana. El átomo contiene, en potencia un mundo con fuerzas formidables aprisionadas, en su pequeñez y que hoy día, ya aprendió el hombre a desatarlas, sin saber tampoco, como librarse de los efectos de ese prodigio que bien puede, a veces calificarse de satánico o de obra de un semidiós.

Materia y vida tienen una complejidad estructural extrema, y no sabemos aún dónde termina la una y empieza la otra.

El mundo exterior perceptible a nuestros sentidos es parecido a la cristalización de un inmenso dinamismo evocado por el espíritu. "Las apariencias de muerte o sueño que nos ofrece la materia —escribe Paul Valéry— su pasividad, su abandono a las acciones exteriores, están compuestas en nuestros sentidos como esas tinieblas que se obtienen por una cierta superposición de la luz....".

Más allá de las percepciones limitadas a nuestros sentidos y que son la única realidad, a la cual nos podemos referir, una discon-

tinuidad vertiginosa se extiende, donde ninguna ley puede fijarse, un dominio sin límites, irreducible a nuestras evaluaciones cuantitativas.

El campo de las especulaciones matemáticas, de las elaboraciones simbólicas de la materia y del Universo, se ha vuelto inconmensurable con los medios de nuestra simple percepción. No podemos ya considerar el ser y las cosas únicamente bajo el aspecto objetivo sensorial de materia pasiva y fenómeno. No podemos tampoco pensar únicamente, bajo el punto de vista morfológico y microscópico, sino mas bien, según la concepción subjetiva, intuitiva de potencia espiritual, de energía activa y pensante misteriosa.

Las leyes físicas sencillas sobre las cuales descansábamos en los límites de nuestras percepciones sensoriales, han perdido todo valor universal. Ellas no representan sino **"verdades estadísticas"**.

Nuestros conceptos de número, espacio, tiempo, causalidad, nuestra ciencia de lo mensurable, instrumento de nuestro poder progresivo sobre los elementos materiales, no pueden tener significación, sino la relativa que les asignan nuestros sentidos.

Ha dicho Jean Perrin que, no obstante, la noción de espacio, ha sido la que más ha resistido; podemos definir la diez millonésima de diez millonésima de milímetro. Llegando a cierta escala estas nociones humanas, extrapoladas, pierden su sentido. "Nos estrellamos contra un muro..."

Mas que nunca nos vamos al fondo de nosotros mismos junto con la desesperante evidencia de la relatividad de nuestro conocimiento, **"incapaces de ignorar absolutamente todo y de saber con absoluta certidumbre"**, como decía Pascal.

Encerrados en una red sensorial únicamente adaptada a un campo limitado del mundo, no podemos mas que soñar todo aquello que este sistema funcional nos permite percibir. Y los ensueños del espíritu, no son sino elaboraciones antropomórficas de la imaginación cuyos elementos todos, han sido arrebatados a los datos sensoriales, cuyos signos representativos son las palabras derivadas y deformadas de su significación sensorial original; o bien grandes edificaciones matemáticas, relámpagos verdaderos de la intuición bergsoniana. Todos los pensamientos, todas las expansiones y las aspiraciones espirituales, tienen un carácter de angustia y de desesperanza frente a un infinito eternamente incomprensible.

Mientras que nuestra Ciencia pragmática aumenta la potencia de su actividad material — función constante, esencial de la inteligencia del **"homo faber"** de Bergson, creadora del instrumento que modifica y disciplina a nuestro provecho el mundo exterior, la especulación matemática, que bien puede ser la expresión verdadera

de la intuición bergsoniana, extiende el campo de nuestras elaboraciones interiores con las que reconstruye una imagen simbólica del Universo.

El signo de nuestro tiempo parece mas bien estar comprendido en esta dualidad de dos campos de actividad, cada vez más alejados: la admirable técnica mecánica de la inteligencia geométrica, que es la prolongación de la actividad constructiva de la vida vegetativa, y el análisis matemático, que es, según Brunschwing, **"la maravilla especulativa de nuestra época"**, habiendo otorgado al espíritu humano la conciencia de su poder creador, "instrumento de la victoria que ha permitido al hombre invertir el orden de las apariencias sensibles y desviar el curso de la Naturaleza".

La crítica del conocimiento, las meditaciones sobre el hombre nos hacen volver otra vez, nuestras miradas hacia Pascal, a las dignidades y a la grandeza interior del pensamiento. Las especulaciones matemáticas, en cambio, nos obligan a supeditar "el idealismo de la ciencia, al realismo de la percepción".

Nuestro conocimiento es una elaboración simbólica y matemática de nuestra espiritualidad. El gran misterio conmovedor reside en la identidad que se revela entre la elaboración simbólica del espíritu y un deseo, y las leyes que parecen, en los límites de nuestras percepciones sensoriales, dirigir o gobernar a los equilibrios de los cuerpos materiales, el dinamismo sideral y atómico, el orden, según el cual aparecen las formas de las cosas y de los seres: atracciones y repulsiones elementales, gravitación universal, cristalizaciones geométricas de las moléculas químicas, quimiotactismos y tropismos de organismos inferiores, construcciones vegetativas instintivas, geométricamente irregulares, mecánica estática y dinámica de los seres vivos.

Nuestro conocimiento —como lo concibe Meyerson— se vuelve identidad percibida por el espíritu entre la razón y una realidad perpetuamente en movimiento, entre la inspiración matemática y el orden matemático del mundo material, actividad espiritual constante aplicada a reducir a los datos de nuestra razón el mundo exterior, confrontación perpetua, asimismo, y nunca satisfecha enteramente, cuando compara las construcciones intelectuales, con los hechos de la experiencia.

El pensamiento, destello misterioso que ilumina nuestro ser, ha iluminado todas las cosas, con sus resplandores secretos. El espíritu humano ha proyectado sobre el mundo sus revelaciones y sus intuiciones profundas y ha encontrado en el Universo las armonías que forman su estructura propia. Parecería que el espíritu, por un con-

tinuo esfuerzo de liberación, despertándose de la obscuridad en que la vida lo encerrara, libertándose de las cadenas, por sacudimientos bruscos, descubriendo y penetrando en el mundo material, por golpes victoriosos, por relámpagos de intuición, hubiese encontrado en este mundo, su esencia misma.

En la época heroica de los grandes entusiasmos científicos, Renán escribía: "La Ciencia no vale sino en lo que ella pueda reemplazar a la Religión. No conozco sino un solo objeto de la Ciencia, y es el de resolver el enigma, el de decir definitivamente al hombre, la palabra de las cosas, el de darle el símbolo que las religiones le han dado a todo hecho y que él no puede aceptar".

Y la Ciencia, no ha resuelto definitivamente el enigma!

Por "una de las experiencias filosóficas más conmovedoras de la historia" ella ha alcanzado un dominio inmenso, inaccesible a nuestros sentidos y a nuestros medios de medida y ha conducido al pensamiento al borde del abismo, justamente, de ese abismo, en donde reside la gran incognita velada y guardada por fuerzas que son velos impenetrables.

Entonces, del fracaso de una "intuición sensible", ella ha pasado al esfuerzo de la intuición imaginaria que es la única que puede salvar al espíritu de la duda y del vértigo.

La filosofía se vuelve matemática, los matemáticos filósofos y los poetas creadores. Y cuando la intuición y la imaginación desaparecieren, desaparecería también toda realidad.

La ley matemática de la Vida.—La inspiración matemática y la inspiración poética, son idénticas por su desbordamiento, y parecen emanar la una y la otra, de la esencia espiritual del mundo.

Nuestro pensamiento, lo mismo que nuestra afectividad, se manifiestan a nosotros como energía pura, conciencia, armonía matemática, según los marcos funcionales determinados. Hemos aislado uno a uno los hilos conductores de ese dinamismo sus **relais**, sus centros receptores, asociativos, afectivos y motrices. La patología mental nos ha hecho remontar hasta una clasificación de los elementos constitucionales afectivos de nuestra personalidad.

La elaboración simbólica del espíritu humano ha precedido a toda penetración del Universo.

Los pitagóricos antiguos, sostenían también que, siendo el movimiento circular, el único perfecto, debía representar la ley Universal, que el cielo es una esfera, donde todo obedece a números misteriosos. Concebían a los planetas como las cuerdas de oro del heptacordio celeste cuyas distancias eran las de los intervalos de la ga-

ma, y que por sus revoluciones, producían sonidos que solo el Maestro iniciado podía oírlos.

El mundo del Timeo de Platón es una representación geométrica, en la cual todas las propiedades de los cuerpos, se explican por aquellas de las figuras poliédricas elementales.

Plinio celebraba a Hiparco, glorificándolo por haber probado que el hombre tiene un parentesco con los astros y que, nuestras almas forman parte del cielo. Képler descubriendo sus leyes de los movimientos planetarios se abandonaba, con la misma fe pitagórica en una lógica divina, a las mismas exaltaciones adivinatorias.

Y todos estos delirios perseguidos a través de los tiempos, han venido a parar en el relámpago interior de Newton fijando la ley de la gravitación universal, y en la visión matemática einsteniana del dinamismo cósmico.

Pero en el mundo material y en la vida de los seres, un pensamiento se revela, y alienta un soplo misterioso que se manifiesta por una especie de inteligencia humana matemática, capaz de penetrar y de abarcar toda la creación, por una alma interior, plena de amor, de aspiración, de angustia y de adoración que repugna la idea de un universo matemático y simbólico, como el de Einstein y de Lemaitre y, que sería una inmensa continuidad de materia rarificada a límites infinitos y curvas, dilatándose en una inmensa diástole, en la cual solo es posible la vida en una partícula infinitamente pequeña.

"El Universo, ha dicho Sir James Jeans, comienza a parecernos mejor como un gran pensamiento, antes que como una gran máquina. Comprobamos que el Universo hace patente la existencia de un poder que concibe y que controla, poder que tiene alguna cosa de común con nuestros espíritus individuales, con su tendencia a pensar de una manera tal que, a falta de una palabra mas exacta, le calificamos de matemática".

El drama pascalinao se desarrolla eternamente, a través del tiempo, en el fondo de las almas, entre dos funciones esenciales de la vida espiritual; el pensamiento lógico y el corazón; el espíritu geométrico y la sed de síntesis; el racionalismo desecante y la fé. Dos formas del espíritu, a las cuales Maurice Blondel, compara con mucho de verdad, a aquel equilibrio de ácidos y bases en el medio humoral biológico. La vida espiritual tiende, por un esfuerzo parecido al de la vida orgánica, a restablecer —sin conseguirlo completamente— un equilibrio constantemente roto entre dos funciones igualmente imperiosas del Yo profundo, que se enfrentan en el individuo.

En uno de los polos de oscilación está el pensamiento geométrico e intuitivo. Conciencia clara que controla los automatismos del subconciente, donde se funde y se degrada un pasado psíquico an-

cestral, causa de error y de ilusión. Esfuerzo lógico y frío, encadenamiento de causas a efectos; pensamiento racional que recorta en estados rígidos una realidad perpetuamente movable y cambiante. Análisis matemático, elaboración de la función simbólica de un movimiento continuo, inaprensible en su esencia, curva ideal y pura. Investigación científica experimental que se apoya sobre el trípode inamovible de Claudio Bernard: "El sentimiento del espíritu —destello de la intuición— la razón y la experiencia".

En el otro polo están el misticismo, los éxtasis religiosos, los actos de fé; las grandes intuiciones y las adivinaciones poéticas, de las cuales Platón ya decía, que son inspiradas por los dioses y superiores a la sabiduría, fruto del pensamiento humano. Abandono del ser a las fuerzas interiores oscuras, delirios dionisiacos, amor por lo maravilloso, supersticiones, función fabulatriz bergsoniana.

No hay obra espiritual sin emoción religiosa, sin el sentimiento del misterio que permanece eternamente inaccesible detrás de toda experiencia y de todo descubrimiento científico. El ideal científico, lo mismo que el ideal religioso o poético, no es grande, sino en razón de nuestro corazón y de nuestra capacidad de amor.

"Nos engrandecemos bajo el signo del amor" ha dicho en sublime frase el mismo Brunschwing.

Las dos actividades del espíritu arrancan y emanan de una misma fuente original, que es el vuelo espiritual biológico, misterioso divino, principio y fin del pensamiento. Parecen eternamente divergir y unirse, identificarse en un punto infinito e indefinible.

Las vidas científicas heroicas, bellas como las de los semidioses legendarios, han resplandecido sobre los tiempos en que nos ha tocado nacer, y cuya obra traduce, la huella del espíritu de geometría brillante, conciso y frío, al mismo tiempo que la iluminación del alma, de la conciencia y del corazón. Bastaría recordar los nombres de Leonardo de Vinci, de Claudio Bernard, de Pasteur, de Franklin, de Curie, de Marconi, de Fermi y otros, para confirmar la fuerza de esta dualidad que preside toda vida grandiosa y ennoblecida por el pensamiento.

El exceso de espíritu racionalista, lógico, suscita la efusión de la fé, de la función fabulatriz, en la cual Bergson ve una reacción biológica de defensa: creación simbólica consoladora y que hace obstáculo a la inquietud de la conciencia, al aflojamiento del sentido de vivir que provoca la inteligencia únicamente lógica y abstracta.

Cuando el ser humano ha vivido demasiado para la razón, redescubre por reacción, el instinto. La razón exclusiva conduce al nihilismo intelectual nitzcheano, a la destrucción de toda razón de

existir y de actuar. El hombre se vuelve sombrío, antisocial y, con mucha frecuencia, hay que examinarlo clínicamente.

Pero en cambio, la embriaguez sensual, de que nos habla Tracio, el infierno lawrenciano y freudiano, el abandono a las fuerzas oscuras, crueles del ser, acaban por conducir al vacío, al llamamiento de la muerte, como una liberación.

Entre los dos riesgos de desesperación y de locura, en que se puede colocar, por exceso de razón o por exceso de abandono sensual, el hombre no encuentra su redención, sino en su poder de síntesis, en la armonía del pensamiento pascaliano y las funciones poéticas, en el amor espiritual místico, cuya dirección —para Bergson— es la misma que da el impulso de vida en sus creaciones de arte, de poesía, de fe y de amor.

Los símbolos filosóficos.—El hombre ante un universo impenetrable y ante una naturaleza indiferente, ha forjado un simbolismo matemático que persigue "**la integral total**" de un mundo que, puede ser que tenga, un parentesco con su espiritualidad. Y, ante el espanto de la muerte, ha creado símbolos poéticos, que son fuentes de sus serenidades heroicas, de sus embriagueces religiosas y de sus adoraciones espirituales.

El hombre soñador desesperado, se crea por el Arte, un mundo de imágenes consoladoras. Exaltación heroica y religiosa, reacción eterna del ser viviente, dinámico, contra el desgano del sentido de la vida, realidad ontológica permanente, eterna persecución de la idea platoniana, en la cual toda creación no es mas que una imagen atenuada.

Ardor místico de las almas soberanas que, en medio del estancamiento material de las civilizaciones industriales, preparan las nuevas efusiones milagrosas del espíritu, después de las que los hombres construirán de nuevo, en el porvenir, templos y catedrales.

Sobre algunas cumbres sublimes, todos los esfuerzos humanos perseguidos a través de los tiempos, se han sintetizado, en el equilibrio, por fin logrado, de la lógica geométrica y de las fuerzas del corazón. El Partenón, las catedrales medievales, las grandes arquitecturas musicales de Juan Sebastián Bach, son algunos de esos puntos de comunión espiritual, de contemplación serena y de emoción religiosa.

Cristalización del ensueño que la Humanidad persigue, a través del tiempo, despojada de alteraciones, de quiebras y disminuciones que implican las actividades colectivas de los hombres. Sobre estas cumbres se ha posado la conciliación de todos los pensamien-

tos, de todas las aspiraciones místicas, de todo lo que ha errado, luchado y sufrido en el espíritu y en el corazón de los hombres.

La querella medieval de los universales, del nominalismo y del realismo está planteada desde la antigüedad filosófica, y permanece perpetuamente irresoluta en el fondo de nuestra constitución espiritual. Eterna oscilación entre el materialismo y el idealismo; el positivismo y el espiritualismo; entre el atomismo y el continuismo, el mecanismo y la energética, entre lo cuantitativo y lo cualitativo, el mecanismo biológico y el animismo.

Y según que la una o la otra tendencia haya primado a través del tiempo, las concepciones filosóficas se han sucedido y siempre también se han enfrentado.

Nuestro tiempo no ha resuelto el problema planteado en el fondo de nuestra estructura espiritual. Las nociones de cualidad de Aristóteles, contra las que había reaccionado la ciencia experimental del Renacimiento, han reaparecido en una física conceptual opuesta a una física mecánica.

La noción de masa, base antigua de la mecánica, está abandonada. Masa y energía, según Einstein, se convierten en términos idénticos, si se toma como unidad la velocidad de la luz. Hay trasmutaciones de materia en energía y de energía en materia.

Ostwald proclama la "derrota" del atomismo. Y March concibe toda ciencia dirigida a reemplazar la experiencia por operaciones intelectuales, lo más cortas posibles, cada una de ellas, no siendo sino un sistema de convención permitiendo las mismas aplicaciones a lo real y al universo.

Einstein elabora una figura de lo real y del mundo únicamente expresable en lenguaje matemático. La mecánica de lo real en el espacio einsteniano de cuatro dimensiones, tiene por principios las leyes electromagnéticas, cuyas ecuaciones newtonianas, no son más que casos particulares.

Las concepciones físico-químicas modernas reúnen los sueños de astrólogos y alquimistas del pasado.

Después de Lavoisier que edificó la Química sobre los elementos que consideró inmutables, nuestra ciencia vuelve a tomar los mitos de los buscadores medioevales de la piedra filosofal y representa la materia inorgánica, no como inmóvil e inerte, sino como dotada de eterno movimiento y realizando sistemas variables de inestabilidad creciente.

La representación del átomo es la de un sistema astronómico, constituido por un sol central infinitesimal, alrededor del cual gravitan los electrones.

La Teoría de los cuanta de energía de Planck, concilia una concilia una continuidad y una discontinuidad. Y la concepción de Luis de Broglie, busca también, conciliar una teoría atómica con una teoría ondulatoria. Todo corpúsculo es considerado como acompañado por una onda que guie su movimiento, como flotando en la superficie de una onda. Las leyes de casualidad, se vuelven de probabilidad. Y en la escala microscópica habría una especie de "libre arbitrio" que recuerda también el libre arbitrio del átomo epicúreo, como dice Brunschwing.

En cada época de grandes conflictos de ideas y creencias, los mismos seres y las mismas constituciones psíquicas se enfrentan: los racionalistas, los negativistas, los dogmáticos, los fervientes, los poetas, los iluminados, los delirantes, los místicos, los contemplativos pasivos, los inquietos hambrientos de la verdad, los angustiados, los espíritus serenos, los conciliadores: las serenidades y las grandezas de espíritu, al mismo tiempo que las angustias y las pasiones, las debilidades y las patologías del espíritu.

Y toda conciliación durable resulta imposible, e imposible también la fijación de los eternos vagabundos del espíritu.

Cada hombre posee su visión propia del universo y de la vida, proyección propia de su estado físico, psíquico y afectivo, refracción del mundo perceptible a través del prisma de su organismo, visión individual enteramente impermeable a los otros seres.

La mejor interpretación de esto quizás pueda encontrarse en la literatura, siendo vívidas y patéticas las páginas de Flaubert en que se describe la tentación de San Antonio: Caos, luchas apasionadas y alocadas, el cuadro, en fin del hombre creador de símbolos y mitos, luchando ferozmente por imponer a sus semejantes esos mitos.

Pero del caos, del exceso surge siempre la necesidad de la fe, de unidad, de síntesis. El nominalismo de los sofistas griegos se desvanece ante la concepción de las "Ideas arquetipos" de Platón, ante la inspiración religiosa que, al decir del P. Laserre, **"abre al alma una ventana sobre un cielo superior"** que resulta no solamente objeto de frío conocimiento, sino también de amor.

Por eso, acabaron por fundirse en la hoguera alejandrina, las corrientes tan alejadas y diferentes de la metafísica griega, la religión judía y la dulce e ingenua fe de los dogmas cristianos, con todos esos elementos, en los primeros siglos de nuestra era, es una creación continua, voluntaria y apasionada "expresión de una alta poesía metafísica y mística", pero también obra grandiosa de un esfuerzo lógico y dialéctico. Tal es la Suma de Santo Tomás de Aquino, construcción formidable, parecida a las catedrales góticas que, levantándose al mismo tiempo que aquellas, fija todas las doctrinas

divergentes o débiles, en una unidad religiosa, moral y social que reemplaza a la unidad romana y salva a los hombres del caos espiritual, y al mundo de la barbarie, después de la tentativa de conciliación filosófica intentada por Abelardo, para fundir el nominalismo y el relativismo neo-platónico.

En el siglo XIV, el nominalismo reacciona contra el tomismo, y abandonando la metafísica griega incluida en el dogmatismo cristiano, suscita la razón y el libre examen.

En el siglo XVII, el equilibrio aparente del clasicismo que une el culto del pasado al cristianismo, la majestad y la pompa de las formas sociales, ocultan los más grandes desgarramientos de las almas, el esfuerzo de la inteligencia pura, del cartesianismo, al lado de las aspiraciones místicas apasionadas, del pietismo y del quietismo, en los corazones y que la sola razón no satisface, por lo cual se busca el amor divino. Es la época de los grandes iluminados y los místicos, especialmente, españoles.

Malebranche tentará la imposible unión del cartesianismo y el cristianismo, la alianza del misticismo al culto de la razón, la afirmación hecha ya en la Edad Media por Juan Escot Erígena de que la religión es la verdadera filosofía y terminará, a pesar de él, en el panteísmo espinosiano.

Y la doctrina cartesiana, primero denunciada y perseguida en la enseñanza católica, por caminos paradójicos y sinuosos, acabará por entrar en ella, para terminar produciendo, en el siglo XIX el drama de la conciencia de Renán.

Por fin, al mediar de este siglo surge desde las casi olvidadas páginas de Kierkegaard, el Existencialismo de Jean Paul Sartre, filosofía desolante y amarga en la que se niega todo valor de la obra espiritual y se relleva solamente, con sombríos y equívocos colores, la máscara humana que se retuerce mas siniestramente, al contemplar un abismo insondable de angustia, en donde no brilla, ni el mas leve rayo de esperanza.

Las palabras marcan perpetuamente nuestra impotencia para explicar y para captar la esencia misteriosa de las cosas y de los seres. Juntamos el misterio de las palabras y el ritmo matemático, al misterio de las cosas. Las palabras se adaptan extrañamente a los pensamientos y a las emociones, deteniendo el vuelo y el dinamismo espiritual. Ya Sócrates decía que la expresión defectuosa de un pensamiento, causa daño a las almas.

De ahí que nuestras metafísicas, nuestras filosofías no sean mas que grandes síntesis adelantadas, sin los elementos de análisis suficientes; por eso el trabajo de análisis espiritual no está, ni podrá estar jamás terminado.

No sabemos nada del mundo infinito de nuestras causas psíquicas y vitales profundas. El universo nos es inaccesible en su eternidad y en esencia; la intuición bergsoniana en su actividad continua es inasible a través del fondo de un subconciencia turbio y engañoso. Hay en el ser pensante una desconfianza secreta instintiva del corazón, contra los esfuerzos de la razón y los riesgos de la aventura espiritual.

Descartes en el umbral de la gran empresa racional a que le arrastrara su pensamiento, permanece firmemente agarrado a reglas prudentes, "siendo la primera, dice, de obedecer a las leyes y a las costumbres de mi País, reteniendo constantemente la religión, en la cual Dios me ha hecho la gracia de ser instruido, desde mi infancia".

Montaigne conserva la religión revelada, verdad aceptada, como un refugio a cuyo abrigo vive sin inquietud y sin temor.

Y Pascal, agarrado así mismo, como a una tabla de salvación, en un inmenso naufragio, se ampara en la religión cristiana, en su fuerza tradicional y en sus Escrituras, a las cuales Spinoza, por la misma época atacaba lógicamente, en su **Tractatus theológico politicus**.

Estas actitudes de los grandes pensadores, no significan sino la renuncia del pensamiento racional, la suprema confesión de impotencia y de espanto, la aceptación de la humillación del pensamiento, del cual se había dicho que era la única dignidad del hombre.

Sin embargo en vista del drama de la conciencia religiosa de Pascal, el esfuerzo del espíritu geométrico condujo a Spinoza a "**la embriaguez de Dios**", al "**amor intelectual de Dios**", a una de las más sublimes cumbres espirituales de la humanidad.

Toda concepción racional de lo real y del mundo tiene necesidad para sostener una vida espiritual, de poderosas razones del corazón, de una facultad religiosa de amar.

Y éste fue el drama del pensamiento de Pascal: uno de los más grandes genios matemáticos, para quien la armonía geométrica no era más que una consolación y que no encontraba más que silencio y espanto en el mundo.

Espanto y terror patológico, hipotensión espiritual, angustia física, que ahogaba a la razón geométrica y que velaba la armonía universal pitagórica y bíblica.

El agnosticismo, el ateísmo pueden estar acompañados de serenidad de una mirada clara sobre la vida. La fe profunda del cristianismo de miedo y de terror. Pascal toma de Montaigne una visión trágica del hombre y de la vida de lo cual formará toda su argumen-

tación. Pero esta visión de Montaigne no produce más que desencanto, mientras que en Pascal se volverá espanto y tortura.

Una filosofía desesperada, una visión de horror sobre la vida, está en cambio, en Lucrecio, velada por el entusiasmo lírico, por el soplo de la adivinación, por el estremecimiento profético.

Las creencias espirituales, como los sucesos históricos, evolucionan de acuerdo con una larga continuidad precediendo largas sedimentaciones también. Corrientes que se fusionan, borbotones y reapariciones a la superficie, de conceptos del pasado, presagios de un lejano porvenir...

Los valores antiguos vuelven y todo se vuelve a decir, a tomar y a pensar en los límites funcionales permanentes e inmutables del espíritu humano.

Pascal decía: **"Toda la serie de hombres debe ser considerada como un mismo y solo hombre que subsiste siempre y aprende continuamente"**.

Las ideas, los sentimientos, las visiones poéticas y religiosas son parecidas a especies vivas nacidas de la evolución biológica viven, duran y aparecen y desaparecen; para renacer a través del tiempo.

Todos los pensamientos de los cuales vivimos espiritualmente, tienen su génesis en el pasado.

En nuestras creencias repercuten eternamente resonancias espirituales del pasado. Trajínamos caminos que creemos descubrir recién, cuando ya fueron antes recorridos, y por esos mismos caminos un inmenso rebaño de hombres sube el horizonte lejano de las edades, desde el más profundo pasado histórico, como una corriente, como una marea que viene a batir incansablemente un obstáculo material que no lo puede superar.

Las concepciones del mundo viviente.—El conocimiento biológico ha seguido, a través de los tiempos, los movimientos de las tendencias funcionales permanentes del espíritu que no ha sabido representarse la vida organizada —lo mismo que se ha representado los fenómenos psíquicos— sino según dos aspectos: una imagen mecánica que descompone la vida en elementos de materia inerte y pasiva, bióforos sometidos a las acciones físicas y a las leyes del mundo material; o una concepción intuitiva de un principio misterioso, irreductible a las fuerzas mecánicas y a los fenómenos físico-químicos.

Lo mismo que la representación del universo material, eternamente figurado en el espíritu bajo la forma de atomismo o de continuidad, el problema de la vida ha confrontado dos sistemas opuestos: una fe mecanista que inspiró a Epicuro, a Lucrecio, a los médicos griegos, a Boerhave, Descartes, Weisman y a los darwinianos; y una

creencia vitalista que anima a Platón, Hipócrates, Leibnitz, Kant, Barthez, a la Escuela de Montpellier y acutalmente a los neo-vitalistas y a Bergson.

En nuestra época, los darwinianos y los neo-darwinianos, hacen llamamiento a los elementos materiales fijos, particulares hipotéticas, miscelas de Naegeli, gémmulas weismannianas, preformaciones cromáticas de los cromosomas, etc.

Mientras que los neovitalistas continuando el organicismo de Bichat, se representan en los fenómenos vitales, elementos cualitativos determinantes, los dominantes de Reincke, las entelequias de Driesch, fuerzas directrices que se superponen a las fuerzas físico-químicas.

El mecanismo contemporáneo se apoya sobre todo en el conjunto admirable de hechos experimentales: nociones de osmosis, de absorción, de electro-capilaridad; génesis de sustancias fundamentales del organismo —tejido conjuntivo, cartílago, huesos— por la acción de catalizadores o de complejos químicos determinados: secreciones internas; partenogenesis experimental de Loeb y Delage, existencia en el embrión de centros de organización y de radiación: imagen de un campo magnético de la carioquinesis; dinamismo protoplasmático revelado de una manera convincente por la micro-cinematografía de Commandon, y los recientes trabajos de Huxley y la escuela biológica inglesa.

Las formas de equilibrio mecánico se manifiestan ser idénticas a las formas vivientes.

Los líquidos en los cuales se manifiestan corrientes, realizan una disposición celular. Ciertas cristalizaciones, recuerdan formas vegetales, como lo han demostrado las experiencias de Leduc.

Una misma estructura celular elemental se encuentra en el origen de las formaciones materiales inorgánicas y de las formaciones vivientes, sin que sea posible sorprender el momento en que se inserta la corriente de vida bergsoniana, ni el paso de la serie vegetal a la serie animal.

La aparición del estado cristalino y el de la vida, necesitan igualmente, el poder de un germen: el rol de los fermentos y el de los catalizadores se parecen mucho. Materia inorgánica y vida, en su origen, revisten aspectos de similitud impresionante.

Pero la posición absoluta y exclusiva del mecanismo frente a la vida y en plan de doctrina que pretente explicar la vida, con exclusión de todo misterio, resulta insostenible. Toda pretensión para explicar la vida con criterio físico-química, se estrella contra muros misteriosos, irreductibles. **"El mecanismo, ha dicho el Profesor Cuénot, no puede dar cuenta de dos fenómenos incontestables y que en**

resumen no son más que uno: la preordenación biológica y la finalidad". Y ante esa impotencia de explicar ese fenómeno trascendental, dice Duclaux en la introducción de una de sus obras: "El mundo material se divide en dos dominios muy distintos, uno en el cual el hombre ordena, y el otro en el cual debe contentarse casi tan solo con obedecer".

A través de la vida orgánica, en los instintos de los seres vivos, en las existencias vegetativas, se revela una potencia creadora inteligente, una inteligencia matemática fría, inexorable, lógica, precisa, que garantiza, adapta y predispone la organización de los seres vivos.

Por eso ya Claudio Bernard invocaba "**una idea directriz**" presidiendo la organización de los seres vivos.

Una lógica se manifiesta en la filogenia también como en la ontogenia, una elaboración paciente, un esfuerzo progresivo y continuado.

La naturaleza repite incansablemente, sin fin, para cada ser, desde el embrión, hasta el adulto, las etapas del trabajo que, a través de los siglos, han jalonado la marcha lenta de la vida, desde la célula primitiva, hasta el organismo. Esfuerzo renovado como para vencer un obstáculo, para realizar una forma nueva que marca un salto brusco en la vía laboriosa y dolorosamente recorrida.

Las células de nuestro cuerpo se bañan en el mismo líquido marino en el que flotaba el plasmodio primordial de los mares cuaternarios. Y el espíritu de cada individuo, renueva eternamente el mismo esfuerzo de liberación y de expansión, y reconstruye, con los mismos elementos, símbolos parecidos.

Las funciones de la planta, el instinto de los animales, los órganos de la vida vegetativa, reproducen todos los medios que la razón y la inteligencia matemática del "**homo faber**", ha creado para la utilización de las fuerzas naturales y de los materiales de la Tierra.

Se ha enumerado todos los instrumentos creados por la Naturaleza. El Prof. Cuenot dice: "El animal conoce el pico, la pala, la sierra, la pinza, la perforadora, los instrumentos de música, las ventosas, los broches de presión, la flecha, el ancla, el remo, el anzuelo, la red, el martillito, el peine, la brocha, la pila eléctrica, la campana de sumersión, los aparatos de iluminación, el riel, los gases tóxicos y el camouflage".

La planta se sirve para diseminar sus semillas, de la hélice aérea, de los resortes detonantes, de los ganchos, de los incensarios.

Las plantas marinas situadas tan profundamente, como para que las radiaciones rojas necesarias para su función clorofílica, no las

alcancen, poseen un pigmento rojo a través del cual deberán posar las otras radiaciones.

Los cefalópodos abismales están provistos de aparatos de proyección luminosa asombrosamente perfectos. El insecto sabe picar exactamente los centros nerviosos de su presa, a fin de paralizarla sin matarla. Una larva rudimentaria dotada está de una facultad prodigiosa de previsión, en favor del insecto adulto; la larva del "sirex", estudiada por Fabre, caminando sobre un árbol, sabe perforar una vía rigurosamente circular que permite al insecto adulto revestido de una caparazón rígida, escaparse lateralmente siguiendo una cuerda de arco de círculo y resuelve así un problema geométrico.

La evolución de las especies, el encadenamiento de los organismos, son parecidos a una serie de esfuerzos sucesivos de una fuerza creadora, procediendo, con lógica, de lo más sencillo a lo más complicado.

De la célula original hasta el hombre se continúa una serie de combinaciones, de organizaciones, progresión de tentativas, por cada una de las cuales, se comprueba que una inteligencia preside la existencia y la reproducción del ser vegetal o animal, adaptando exactamente, cada órgano a su trabajo, cada función a la conservación del ser.

La evolución de los seres atestigua una tendencia a la complejidad creciente del organismo. Polizoísmo, organización de células diferenciadas, especializadas en el seno de un cuerpo; u organización colectiva, colonias de individuos reunidas a la imagen de las células de un ser organizado. **"La vida es coordinación, lo social está al fondo de lo vital"** ha dicho Bergson:

Mientras que las colonias de hormigas o de abejas recuerdan ciertas formas sociales humanas, las colonias de termitas hacen pensar en la organización celular de un cuerpo; cada individuo diferenciado, tiene su tarea imprescriptible en un vasto organismo que posee órganos masticadores, reproductores y constructores.

La naturaleza revela una tendencia a una creación armoniosa de formas de la vida y de construcciones instintivas. Los organismos inferiores se reproducen siguiendo formas exquisitamente geométricas y regulares. El número pitagórico se encuentra en las relaciones de las formas vivas; preside el desarrollo de las espirales de las conchas y en las de los órganos de la audición, en las construcciones arquitectónicas de los hombres, lo mismo que en las proporciones del cuerpo humano.

El cuerpo humano, síntesis de un ensamblaje complejo, individualidad unificadora de esfuerzos colectivos convergentes, realiza

una suprema armonía vibrante donde un alma se refleja sobre un rostro, a través de miradas indescifrables.

Todo sucede en la naturaleza como si una inteligencia y una energía creadoras, organizasen la materia y dieran nacimiento a las especies vivientes, siguiendo las dos líneas bergsonianas, a la extremidad de una de las cuales están, para la una, el instinto "**sonambólico**" de los heminópteros, y en el otro, la inteligencia del hombre.

En los diferentes ciclos de la vida organizada, la vida vegetativa, el instinto, la inteligencia, la conciencia, representan vías diferenciadas, precisas y claras de una "**conciencia universal**", dinámica e invariable.

El sistema vegetativo es el depositario de los fines permanentes de la especie, de su duración, de su perpetuación, del equilibrio de los elementos funcionales del organismo y que han sido transmitidos en los cromosomas, células germinativas, sistema nervioso simpático.

El instinto, verdadera inteligencia de la especie, actividad que tiene casi un carácter de perfección, permanente, inmutable, sin ensayos, sin investigaciones previas, continúa la obra de la vida vegetativa, de manera que, es imposible, como lo afirma Bergson, saber dónde comienza el instinto y dónde acaba la organización.

A esta vida vegetativa visible se reúne todavía, como lo ha probado la experiencia de Fabre sobre ciertos insectos, una vislumbre de discernimiento, bosquejo de actividad inteligente individual perfectible, capaz de suavizar, a veces, la rigidez matemática de la actividad instintiva.

En un grado superior, la inteligencia humana es entendimiento orientado hacia la acción y la creación de instrumentos, dualismo entre un sistema nervioso, un cerebro, centros de enlace, de reflectividad, de conexiones, sede de esquemas motores, mecanismo tendido hacia la acción y el alma que es continuidad, duración cualitativa.

En fin la conciencia, con el sufrimiento, elevándose en la vida organizada y ganando en extensión y profundidad, sigue la complicación creciente del sistema nervioso. Conciencia que es poder de elevación espiritual, angustia, amor, aspiración, a la vez principio y fin divinos, dignidad de causalidad pascaliana, presencia divina en el acto que tiende hacia el principio divino.

Cada organismo es una formación de una complejidad infinita; una multitud de pequeñas vidas elementales, de células unidas, diferenciadas, con su rol y su objeto propios, está ensamblada siguiendo una lógica secreta, y el conjunto constituye un ser único,

sede de una inteligencia, ella misma emanación de una inteligencia universal desconocida.

Todas las individualidades superiores de una misma especie reunidas constituyen, a su turno, la unidad de un nuevo conjunto complejo que es un grupo, una sociedad a la cual, cada uno de ellos, está subordinada y donde ella encuentra el motivo de lucha, de defensa o de obligación y de aspiración.

En la obra inmensa, todo ser tiene su misión imprescriptible y el conjunto concurre a una trituración de vidas luchando por la subsistencia, a una carnicería, en la cual, cada organismo, vive a expensas de otros organismos indefectiblemente destinados a su sustentación y permanece siendo asimismo, la presa designada para otro ser más fuerte.

Una inteligencia fría, cruel, se manifiesta en toda la vida, que dirige el instinto de los seres vivos, su esfuerzo por la subsistencia y la perpetuación, una actividad creadora lógica que multiplica los instrumentos de tortura y de destrucción por la persistencia de la vida.

La lucha por la existencia.—El naturalista Fabre buscaba un consuelo a sus angustias ante la carnicería que domina en la Naturaleza, y creyó encontrarla en el signo de una voluntad superior, de una ley ineludible, de un pensamiento presente en todas las manifestaciones de la vida. Entre el mundo de los insectos que él observaba, las presas destinadas, de una manera ineludible, siempre al mismo predator, aunque armadas para su defensa y a veces iguales en fuerza al asaltante, se dejaban coger y matar sin resistencia, como en un acto de aceptación, de obediencia a una orden secreta. Fabre forzando esta idea, admite la certidumbre de que, una ley superior rige la vida de los seres organizados, que les hace luchar por la subsistencia de sus descendientes y les permite asegurar, con una fiebre instintiva y gozosa la perpetuación de las generaciones futuras.

En un ritmo imperioso, la reproducción por el abrazo renueva la vida.

El único objeto de la actividad de los seres es la perpetuación de la vida. El amor, la fuerza que une a los seres para la procreación, la solicitud maternal en todas las edades de la vida, permanecen siendo un misterio conmovedor como una gran revelación religiosa.

La naturaleza suple a las destrucciones, por renovaciones sin fin, y mientras los riesgos de muerte son más grandes, para una es-

pecie, la multiplicación de los individuos de esa misma especie, es asimismo, más grande e innumerable.

La admirable actividad de los insectos no se resume sino en el la postura y en la preparación del alimento para la larva. El mismo esfuerzo conmovedor anima al vegetal. En su origen, los vegetales inferiores, una célula-huevo pasa al estado de vida latente, al abrigo de una envoltura protectora, hasta cuando las condiciones exteriores del medio, se vuelvan favorables; el ser celular muere, pero alguna cosa la sobrevive, conservando el depósito precioso de los caracteres que no deben desaparecer y que debe resistir a todas las causas de destrucción. En las plantas fanerógamas, el polen es transportado por el viento y por los insectos como en un acto de amor, sobre el pistilo de la planta hembra, a la que va a fecundar, acto maravilloso que había hecho creer a Sprengel, en una adaptación secreta de las plantas a los insectos. La vallisneria cantada por los poetas, rompe la cadena de su tallo que le retiene al fondo del agua y sale a flote, hacia la flor hembra que le llama.

Las canciones de cuna eternas, sencillas y primitivas, venidas de los orígenes del mundo, la tierna dulzura de las nodrizas llenas de ternura ansiosa, de adoración tremante en las madres, son parecidas a una revelación del misterio que preside toda vida.

En las sucesión de los organismos, numerosas especies se han quedado en el camino, abandonadas, impropias para la existencia y han desaparecido.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

La humanidad está limitada, en duración, a los términos asignados a nuestro planeta. ¿Nuestra forma imperfecta y sufriente, arrojada entre otras innumerables formas, sobre un globo minúsculo a través del espacio, ella también será, asimismo, abandonada y sacrificada? La obra inacabada durará otros siglos, desgarrada por la lucha del espíritu y la materia que la tienen encerrada, por las torturas y los sufrimientos, hasta cuando, pueda ser, que una forma nueva surja, superior en belleza, en espiritualidad; o al contrario toda vida cesará en el planeta enfriado, gravitando alrededor de un sol apagado, y la historia futura de la humanidad, estaría hecha de conflictos cada vez más sangrientos y más atroces, de regresión hacia la animalidad, el olvido y la extinción lenta de las luces espirituales? No habremos dado quizás los primeros pasos en este tenebroso camino?

Parecido al moribundo o al condenado a muerte, que hasta la hora fatal, acaricia todavía una esperanza, el hombre se reconforta al débil calor que está depositado en él, revelador de un porvenir y de una perfección inmensas, pero perfección, de la cual él nunca será el depositario absoluto, ni la podrá conocer jamás. Y está

allí la última palabra de espanto, de horror y de desesperanza de nuestra filosofía: la Humanidad, ensayo abortado, toda llena de una aspiración a un progreso infinito, desgarrada entre dos fuerzas, la del espíritu y la de la bestialidad, y abandonada, sin misericordia sobre este pequeño átomo donde la vida está maldita y que gira vertiginosamente en el espacio.

Hacia dónde vamos?—Un lamento, una queja eterna están en el fondo de toda vida, y se exhala en todos los gritos de dolor, en todos los sonidos que expresan el sufrimiento y el miedo, que se revela en la miradas torturantes de los animales que mueren, en los saltos de evasión del animal perseguido y en sus aullidos que se oyen en medio del silencio de las noches; testimonios de la ley implacable de muerte y nutrición que se desarrolla regular, fatal, como un movimiento de los mundos en sus órbitas. Y después de esto, por encima de esta mortandad, del aplacamiento del hambre universal, la naturaleza reparte su sonrisa inefable y misteriosa, el encanto de sus amaneceres, de sus fiestas de primavera, la magia de sus eternos juegos de luz, de colores, de sonidos, de perfumes, y también todas sus tristezas sublimes, en las que un pensamiento inexplicable, parece oculto, pensamiento de elevación, de resignación estoica.

La existencia de cada individuo se desarrolla según una curva, cuyas coordenadas son las tendencias afectivas dominantes de su constitución psíquica.

Un misterio, a la vez torturante y exultante, nos envuelve y nos penetra y al que no lo podemos ni apartar, ni reducir.

Está presente en cada etapa de la vida, en cada forma que ella reviste, desde el microcosmos dinámico de la célula elemental, hasta el ser más elevado de la evolución de los organismos. Está en nuestras emociones, en nuestras angustias, en nuestra conciencia, en nuestras aspiraciones profundas, en las creaciones de nuestro ser interior desconocido, en todo lo que canta en nosotros, en el amor, en la gloria, en la derrota, en el dolor y en la atracción universal de los seres y de las cosas.

Todos los seres son ímpetu de vida, explosión dinámica, chispas luminosas que cayendo después de su corta carrera, señalan la repetición indefinida, permanente, la duración infinita de una fuente espiritual eterna.

El espíritu desconocido que anima nuestro ser y que le da, por medio de un sistema nervioso y de un organismo celular, una conciencia fugitiva de sueño y de ilusión, que hace nuestra existencia,

nuestra voluntad, nuestro esfuerzo perpétuo, participa de un poder espiritual, hacia el cual tiende y que es su fuente y su fin, su causa y su exaltación, su testigo en los sufrimientos; poder eterno que nos representamos actuando en el mundo, por encima de nuestra vida y hacia el cual, una fe imperiosa nos lleva, al que los hombres, de todas las razas y latitudes y a través de innumerables siglos, lo han invocado bajo diferentes nombres.

Después de haber iluminado rápidamente el pensamiento y el corazón del individuo, el espíritu desaparece bruscamente, abandonando un despojo privado ya de sentimientos y que sirviendo de pasto a otras vidas, se desagrega, para transformarse en combinaciones moleculares nuevas.

Gracias a ese breve resplandor, el ser humano ha descubierto en él el universo, la naturaleza y su armonía lógica y matemática misteriosa, las revelaciones interiores de amor y de adoración, de presentimientos, de esperanzas, una fe.

Nos asemejamos a los mensajeros de una misión desconocida.

Poseemos la revelación secreta de un depósito espiritual que es nuestro solo viático y con el cual iremos hacia las metas eternamente misteriosas, en una vía, en la misma que marcha la inmensidad de la creación, con nosotros.

El destino inexplicable del hombre es el de seguir el impulso fatal de sus actividades creadoras intuitivas, de los automatismos superficiales de su ser, sin relación con sus destinos espirituales profundos y el de agitarse, a través del tiempo, en movimientos siempre parecidos, sin objeto y sin progreso aparente, en la ignorancia y en el olvido del alma divina que está en él, que es su sola vocación y la cual, en algunos raptos sublimes, se manifiesta en sus vuelos religiosos, en el amor y en el arte.

La actividad creadora de intereses sociales, el esfuerzo de creación instrumental, el racionalismo exclusivo, tiende a hacer olvidar al hombre, el sentido del misterio ontológico que está en él, la fe en la realidad profunda, permanente, imprescriptible, sin la cual él perdería su más alto motivo religioso de vivir: el de la presencia divina interior.

Y cuando el hombre, en su ceguera o en su ignorancia, pretende cerrar las ventanas de su alma, al resplandor de esta fe, entonces, su vida se embrutece o no es capaz de alcanzar las cimas más altas de la espiritualidad, desde donde pudo ponerse en mas cercano contacto con ese poder inmanente, al cual el alma humana tiende siempre, en un anhelo a la vez doloroso y dulce.

La vieja historia siempre nueva.—Los mismos hombres, las mismas situaciones, las mismas pasiones, las mismas luchas, los mismos fracasos y las mismas caídas, los conflictos del amor y del odio, eternamente parecidos, se han desarrollado en un torbellino implacable.

El hombre posee todos los estigmas de la animalidad.

Sus sentidos, su fisiología, sus gestos, son los de la bestia antropoide de la selva ancestral. Su ferocidad maniática y cruel estalla en arrebatos bruscos de sus instintos elementales.

Su psiquismo, sometido al determinismo de sus fluctuaciones cíclicas, dominado por sus observaciones afectivas y sus explosiones dinámicas, hacen de él, como se expresaba Taine **"un loco imperfectible"**.

Sus organizaciones colectivas obedecen a leyes dinámicas. Las causas crueles que percibimos en la fuente de toda vida y de toda combinación de organismos, conducen a los seres como en un vértigo loco y les hace combatir sin descanso.

En las tormentas humanas, los seres se encuentran arrastrados por una corriente irresistible, en cuyo seno, esclavos de sus destinos, de sus tendencias, de sus instintos, de sus creencias apasionadas, se despedazan, inconcientes de la fuerza que los empuja, más poderosa que las individualidades.

La causa colectiva de la humanidad es sin esperanza y sin salida.

La historia humana, no es más que una larga decepción; la larga serie de movimientos ciegos de las multitudes humanas, se reproducen innumerables, a través del tiempo.

Una sombría patología del alma colectiva de los hombres reunidos, domina y dirige los hechos religiosos, sociales, económicos o nacionales: sacudidas periódicas de barbaries ancestrales, dinamismos elementales sujetos a regresos periódicos, grandes raptos angustiosos liberadores de energía, movimientos apasionados y dementes, el miedo y el hambre, la ambición, las obsesiones, las fobias, los terrores, los mitos, el fetichismo, desencadenando los automatismos oscuros de las revoluciones y los grandes movimientos nacionales.

La Humanidad se parece al parkinsoniano buscando continuamente su centro de gravedad y para quien el reposo y el retroceso son imposibles corriendo en pos de un equilibrio inalcanzable.

Siglos de historia pesan sobre nosotros, con el mismo peso que una existencia humana, y nos van dejando el mismo sentimiento de inutilidad y de ruina. **"Sentimos que una civilización tiene la misma fragilidad que una vida"** ha dicho Paul Valery.

Los regímenes se suceden llevando desde su nacimiento el germen de su muerte: después de una curva ascendente, declinan y

desaparecen. La Historia recogió en sus viejas páginas esta grande e irrefutable verdad.

La masa de hombres persigüe, en los pequeños hechos cotidianos, el mismo esfuerzo incansable de las termitas, que reparan, sin cesar las consecuencias de los destrozos y aseguran la persistencia del mediocre.

Causas permanentes de regresión pesan sobre las colectividades humanas, sugestionables, sujetas a los movimientos ciegos y en los cuales las reacciones sociales, son parecidas a las de un individuo loco.

En las horas tenebrosas en que los problemas religiosos, sociales y morales están en juego, los elementos sugestionables, histéricos, favorecen las grandes oscilaciones sociales. En nuestra historia, muy cercana está una fecha, en la que un individuo de esa clase se hizo presente y fue el portavoz de una masa casi enloquecida; después la razón es impotente para reconstruirla. Las revoluciones substituyen eternamente los mitos y los símbolos, a los símbolos antiguos.

Cada estado o etapa nueva para la humanidad, se elabora en las convulsiones y en la sangre. Las voluntades individuales de dominación, son las iniciadoras, a su turno, de un inmenso flujo histórico, de la gran avalancha que, según una ley inexorable, barre las formas antiguas, tritura las colectividades humanas en la sangre, y sobre un nuevo sedimento, sobre esos despojos, siembra los gérmenes de un **"nuevo orden"**. Hemos asistido ya a uno de esos fenómenos: el del nazismo, y estamos presenciando la evolución de otro el del comunismo, que trata de imponer una forma nueva y brutal de vida, que repugna a la dignidad del espíritu humano y atenta contra sus más altas e irrenunciabiles aspiraciones. La historia se remueve a nuestros ojos, tal como ella se ha desarrollado en el pasado.

Hemos vuelto a ver el éxodo ancestral de pueblos que huían de sus hogares amenazados por las invasiones de las hordas. Como en los días pretéritos que parecían haberse ido para no regresar, y cuando los conglomerados primitivos buscaban su acomodo y su organización elemental, así mismo hemos presenciado que los conflictos étnicos, atizados por odios primitivos, se han resuelto en los campos de batalla. Es de ayer no más que el mundo entero se conmovió con el dolor y la destrucción de una espantosa Guerra, que parece no haber sido sino el germen de nuevos conflictos que si bien hoy día limitados, mañana pueden transformarse en catástrofes universales, justificando así, una vez más, esa ley que quién sabe obedece a una necesidad o adaptación biológica brutalmente periódica.

Todas las fuerzas antiguas, profundas y misteriosas que han permitido la supervivencia de las razas humanas, se levantan como en los tiempos de las luchas sombrías de las primeras edades de la vida, empujados por el secreto designio de la creación, que asegura la permanencia de todo lo que vive y se adhiere a la tierra, de todas las especies que combaten, sin reposo, de todos los organismos, como también de las patrias humanas que perduran más allá de las devastaciones y de las tumbas.

Los grandes tumultos colectivos suscitan el drama eterno de la suprema desesperación del alma, frente al desencadenarse de las potencias crueles de la vida. En medio de los tormentos históricos, en donde toda luz, toda justicia parecen extinguidas, el alma divina reaparece con ritmos nuevos. El sublime movimiento cristiano se manifiesta en la noche del fin del mundo antiguo, y en el siglo XIV, en una de las épocas más sombrías y dementes de la Historia, surge la intuición milagrosa de Juana de Arco y la Imitación de Cristo. Eternamente un alma arrastrada por el vendaval de la tormenta, se levanta del hombre y de entre sus conflictos, con arranques de piedad y de amor.

El culto interior, en espíritu y en verdad, prometido por Cristo a la Samaritana, no ha sido nunca comprendido por las generaciones humanas que se han sucedido, desde el primer siglo de nuestra era.

Este culto unánime es imposible en los hombres congregados. La religión es adaptación de la espiritualidad, a los instintos colectivos de los hombres viviendo en sociedad. No es más que el pálido reflejo de las ideas arquetipos platónicas.

La ascensión progresiva hacia una divinidad única, y la conversión del espíritu religioso, de afuera hacia adentro, ha sido —según Bergson— el primer gran progreso de la evolución espiritual humana que ha substituído a las representaciones imaginarias del instinto: la religión interior, que representa el esfuerzo del alma para traspasar los límites materiales, y para someterse, abandonándose a la acción divina interior, que marca para el ser pensante, el verdadero sentido de la Vida.

Más allá de los arrebatos de nuestra afectividad, están las fuentes inaccesibles de los arranques espirituales, de la fé, del amor, del canto interior que se elevan del alma humana. Regiones misteriosas de comuniones místicas, de la poesía pura, de la intuición matemática y musical, de la "**pax esencial**" de las profundidades espirituales.

Por eso debemos ver en todo poema sometido al esfuerzo creador de la actividad superficial del espíritu, en toda obra musical,

en toda elaboración artística, solamente un reflejo incompleto, una traducción insatisfecha del **"don divino profundo"** de que ya nos hablara Goethe.

La experiencia mística.—La experiencia mística se debate en un empirismo pobremente antropomórfico, porque el hombre no puede consentir a no hablar de Dios inconcebible, no puede renunciar a las cosmogonias y teogonias imaginarias, a pruebas humanas contaminadas de ilusión, porque no puede contentarse solamente con un culto interior, como ya decía Renán "puro, sin fecha, sin patria, sin su sueño milenario, sin paraíso quimérico, sin signos en el cielo y en la tierra".

La experiencia mística, es asimismo una experiencia racional, manifestación funcional constante del espíritu humano. Se desarrolla siguiendo etapas y métodos siempre semejantes. Responde a una tendencia del ser humano de buscar, más allá de la conciencia racional, una participación en la realidad divina secreta, orillando peligrosamente un dominio de alucinaciones psíco-sensoriales y verbales, de delirios sensuales, de onirismo, de obseción.

El camino hacia una luz espiritual interior, es el que puede también conducir al individuo, hacia la demencia y la destrucción.

El ser humano no puede tratar de traspasar los límites sensoriales, sin aniquilarse. El misticismo guarda, en su expresión, el recuerdo de sus orígenes dionisiacos. No llega a traducir sus visiones, sino haciendo llamamiento a representaciones sensoriales. Ilusión eterna, engaño del ser que cree encontrar en los movimientos de sus sentidos y de afectividad, la fuente de un conocimiento más rico que la del espíritu racional.

Las visiones místicas están mezcladas de elementos turbios y sensuales. Huysmans, dominado por una obseción patológica, presa de miserables conflictos interiores (no olvidemos que era un misántropo enfermo y amargado) enseña que el objeto de todos nuestros esfuerzos debe ser la abjuración del pensamiento, la humillación del cuerpo en las inmundicias, en las mutilaciones y las torturas, para alcanzar la vida mística integral. El ejemplo que propone es el del Hermano Simeón, viviendo entre los chanchos, sucio de estiércol y orinas, asqueroso y repugnante. Era la reedición del otro Hermano Junípero cándido y estúpido, o la de San José de Cupertino, semi-idiotita, rechazado de todos los conventos, expulsado de todos, pero visionario y taumaturgo: "Era todo a la vez: idiota y sublime, en la hagiografía, es ejemplo único y parece hecho para probar que el alma se identifica con la eterna sabiduría, mas por la ignorancia que por la ciencia".

Frente a esos delirios místicos, a esas torturas, Bremond opone una experiencia mística, y es la de que todo ser, cuando en sí mismo percibe "una cierta conciencia de Dios" que se expresa en la emoción religiosa o estética, que no quiere —como Pascal— humillar la inteligencia, que une la contemplación y la experiencia interior, a la conciencia racional, que rehusa la dominación de la vida inconciente, irracional, sobre la conciencia clara. Esta experiencia está más cerca de San Buenaventura y de la Imitación de Cristo, expresiones cumbres de la conciencia interior serena y noble, que de la filosofía de Plotino, de Boehm y de Swedenborg.

Esta filosofía mística "funcionalmente optimista" supone siempre en el hombre, la presencia divina en él, "activa e irradiando desde el centro del alma". Es la misma que se opone al jansenismo y a Pascal. La que informó toda la apacible vida de San Francisco de Sales, y la misma que proclamó, contra la reforma luterana, el principio del valor eterno e inalienable, a ningún título, del hombre, de su dignidad espiritual, de todas sus potencias de elevación, de aspiración, de heroísmo, de familia y de patria, la misma, en fin, que se enfrenta al marxismo de la hora.

La nueva bio-filosofía.—Las disciplinas del conocimiento fisiológico y biológico, han dado a la filosofía contemporánea, las bases que faltaban a la antigua y que hicieran falta, principalmente, a Descartes, a Spinoza, a Malebranche y sin las cuales, ninguna ciencia del hombre y del espíritu es posible.

Todas las manifestaciones de la actividad humana se vuelven funciones biológicas, al decir de Charles Nicolle; los arranques espirituales, las aspiraciones morales, los esfuerzos racionales y los sueños místicos; el desequilibrio de los grandes genios, las ruturas dolorosas de las tendencias afectivas que son la vía para todos los mensajes del espíritu; patrimonio espiritual de la humanidad, cumbres, al mismo tiempo, que limite señalados a la expansión espiritual no son más que en los límites mismos impuestos por la vida orgánica, que el ser puede desarrollar lo que Spinoza llamaba "**la experiencia de su eternidad**". La realidad espiritual, el pensamiento puro, no pueden ser alcanzados mas que de acuerdo con nuestras actividades profundas y con nuestras actividades superficiales.

Las serenidades interiores, fuente de fé y amor, no pueden mantenerse, si la inteligencia racional no les otorga la claridad que les son necesarias.

La unión de la actividad profunda y de la actividad superficial de nuestros espíritus, se realiza en el "amor intelectual de Dios", definido y preconizado por Spinoza, participación intelectual que es

acercamiento a la naturaleza divina, paz y serenidad interiores y, a la vez, conocimiento del yo interior en su esencia eterna, que el mismo Spinoza llamaba conocimiento de tercer género; serenidad que está hecha con la idea de Dios como causa y fin de nuestra alma, de donde resulta que la existencia y esencia del alma son de naturaleza divina y fluyendo continuamente.

Lachelier, Boutroux y Bergson coinciden en afirmar que, a la imagen de un mundo mecánico cartesiano, se opone la espontaneidad irrefrenable de un orden biológico que refrena los arranques interiores misteriosos. Orden interior que es libertad, participación en un principio divino, aspiración hacia una realidad que desborda los límites del ser, actividad amante que falta en el cartesiano dualismo, en la filosofía de Kant, pero que palpita, en cambio, en la de Lachelier.

La vida — actividad finita — limitada, participa de un infinito espiritual. La vida espiritual del hombre traspasa todo lo que el hombre ha adquirido de conciencia de sí mismo.

Bayle se revelaba contra el panteísmo spinoziano incompatible para nuestra inteligencia racional y para nuestro corazón, contra la aceptación de la fusión de todos los detalles disonantes del mundo, en un orden universal armonioso. Lo mismo que Descartes y Malebranche, Spinoza no sintió, ni comprendió todo el horror que significa la devoración y las torturas del animal.

La conciliación se vuelve imposible para nuestra espiritualidad, entre un Dios infinitamente bueno y puro, y una creación imperfecta, el mal, la crueldad, la lucha inexorable, devorante por la supervivencia, los horrores físicos y morales.

El contraste pascaliano eterno es irreductible, entre un elemento divino oculto en el fondo del ser humano, y una animalidad que lo tiene encadenado a la imperfección de nuestro organismo físico, a la fealdad baja, hirviente, agresiva para nuestra espiritualidad y que la humanidad más sublime arrastra consigo.

Esto quizá hizo pensar a muchos fisiólogos y biólogos que las pasiones, las taras psíquicas y morales, no son sino resultados de monstruosidades anatómicas, más o menos desarrolladas o latentes, en los laberintos de nuestros organismos.

Si la vida psíquica, las funciones morales e intelectuales del individuo están bajo la estrecha dependencia del organismo, del sistema nervioso y glandular que le sirve de sostén, la evolución de la vida termina, por lo tanto, en un verdadero dualismo, en el seno íntimo del ser, donde dos potencias contrarias parecen unidas una a otra. La una de espiritualidad y de amor; la otra de instinto y bestialidad; la primera conservando su pureza sin mengua, sin man-

chas, y la otra pronta a reaccionar a las invitaciones del instinto primario. Este es el sentido de la eterna lucha entre el Bien y el Mal!

Las enseñanzas divinas de Cristo, ignoran -o parecen ignorar- la organización celular, la progresión de los organismos vivos. "El hombre -escribe Charles Nicolle- tiene su moral extraña al comercio de la naturaleza".

Y Claudio Bernard: "Es pues, necesario separar el mundo metafísico del mundo físico que le sirve de base, pero al cual nada le puede quitar".

De ahí que una perfecta moral sólo se podría desprender de una filosofía que contemple la influencia fatal, ineludible en el ser, en el pensar y en el obrar, de esas dos grandes potencias: la orgánica y la espiritual o sea una bio-filosofía que no haga abstracción de los grandes fenómenos biológicos que se suceden en el individuo, por herencia, por evolución o por trastorno, y su capacidad espiritual reflejo divino e inmortal.

Pascal hacía ya la misma distinción, cuando decía: "Todos los cuerpos, el firmamento, las estrellas, la tierra y sus reinos no valen el menor de los espíritus, pues él es capaz de conocer todo ello y a sí mismo, y los cuerpos nada. Todos los cuerpos juntos y todos los espíritus juntos y todas sus producciones, no valen lo que el menor acto de caridad. Este es de un orden infinitamente más elevado".

El don y el tormento de la vida.— Lo que da valor y significación a la vida, está presente en el fondo del corazón humano: una capacidad secreta de amar, una sed inextinguible de belleza y de elevación espiritual, ciertas profundas revelaciones secretas, especie de religión interior y personal, a las cuales nos acojemos en las noches de insomnio o meditación.

Nuestras elevaciones por encima de nosotros mismos, son la prueba de una participación en una espiritualidad infinita de donde nos hemos desprendido. Esta meditación y elevación espirituales, puede ser que tengan la misión secreta de suplencia mística.

Una potencia espiritual nos penetra y nos guía. Pero no constituímos una superación, y de allí nace la inquietud metafísica hegeliana de la conciencia, la nostalgia platónica del alma.

El hombre quizás no es **"un Dios caído que se recuerda de los cielos"**.

Es una criatura sufriente, angustiada, torturada por fuerzas que se contraponen. En él se han acumulado todos los trabajos oscuros de un pasado profundo e indescifrable, de elaboración de largas formas sucesivas. Es talvez, una etapa dentro de un largo proceso.

La grandeza del hombre, reside, por entero, en su pensamiento y en sus contemplaciones, en sus aceptaciones, sin debilidades, de las visiones esotéricas, en la serena posesión de sí mismo, y en la proyección de sí mismo en sus producciones intelectuales.

Y es apoyándose en la idea de su fin y en la idea de Dios concebido como perfección espiritual, que el hombre puede dominar su propia naturaleza y el mundo. El mito antiguo de Prometeo, ha simbolizado esta suprema aspiración y dominación espiritual a que puede llegar el genio humano.

La masa humana, ha dicho Carlyle, es parecida a un montón de materias inflamables que esperan la chispa divina para arder, y esta chispa es el alma del héroe. Por encima de la multitud humana, el heroísmo espiritual -no el guerrero- únicamente señala el misterio y el sentido de la vida. Las almas de los grandes héroes, son la expresión del poder de elevación y de adoración que agita el alma humana, llamas directoras, mensajes de júbilo, parecidos a las hogueras que antiguamente se encendían sobre las montañas, revelación espiritual, significación profunda de la vida y su noble destino.

El mundo espiritual de los grandes genios, es parecido a un hospital de almas, en donde cada individuo tendrá su ficha patológica ya inscrita.

Las efusiones del espíritu no se hacen más que através de organismos torturados y desgarrados. El dios interior, parece que no se pudiera revelar mas que, por el destrozo, los desgarramientos, y las torturas, por el sufrimiento patológico, por la "falta" dolorosa del simpático, por la ruptura de la adaptación del individuo al mundo material.

La divinidad implacable que toca con su ala a los hombres que los ha escogido para cantar y para ahogar en ellos el soplo espiritual que atesoran, como por una tremenda irrisión, rompe su corazón, roe su cuerpo y destruye lentamente su sistema nervioso, soporte del espíritu, y que le otorga toda su nobleza.

Allí están como pruebas dolorosas Miguel Angel, Verlaine, Musset, Goya, Chopin, Beethoven, Mozart y mil otros.

Beethoven etílico, cirrótico, hidrópico, sordo por neurolaberinitis sifilítica, guardó en su organismo que se destruía lentamente, todo el poder de su genio musical intacto y cantaba el júbilo heroico de vivir y de amar.

Shuman tocado de locura maniática depresiva, habiendo tenido seis grandes crisis de depresión con ideas delirantes, obsecionantes y tentativas de suicidio, compuso durante sus periodos de excitación, su obra de una extrañeza conmovedora y de una exquisita ternura.

La correspondencia de Flaubert revela uno de los más patéticos documentos humanos: el reverso de una obra en la cual el hombre y el autor, voluntariamente se pusieron a un lado, por obedecer a una concepción heroica y religiosa del arte que impidió al poeta creador, dejar filtrar nada de sí mismo.

El espíritu humano posee la facultad prodigiosa de magnificar su destino; una nostalgia poética que le hace glorificar apasionadamente todo aquello de lo cual se ve privado o que le es prohibido: habilidad metafísica de la conciencia, llamada del alma hacia una realidad espiritual que está fuera del individuo y de la existencia consciente y que no podría alcanzar sin aniquilarse. Visiones de cumbres que permanecen iluminadas, mientras que en los valles todo está inundado de sombras.

Nos adherimos desesperadamente a los escombros de nuestros sueños, de nuestras esperanzas desvanecidas, de nuestras realizaciones truncadas o fracasadas, y con todos esos escombros reconstruimos sintéticamente, las grandes formas ideales, a las cuales todavía nos apegamos nostálgicamente. Con razón decía Pascal: **"No vivimos jamás; siempre esperamos vivir"**. Por eso siempre el pensamiento y el corazón se vuelven incansables hacia las perfecciones adivinadas, hacia las grandes síntesis inaccesibles, a las ideas platonianas eternas, dejando de lado todo aquello que es accidente, límite, locura, fealdad, fracaso.

La literatura nos ha legado páginas inmortales en que se describe esta dualidad dolorosa entre el don y el tormento que representa la vida, oscilando entre esos extremos de anhelo espiritual grandioso, sublime, y una naturaleza biológica cohibida por disturbios orgánicos incapaz de seguir los vuelos del espíritu o de sobreponerse a un estado de ánimo derivado de un disturbio o del sedimento fatal de una herencia biológica.

Amiel, es uno de esos ejemplos conmovedores: deprimido constitucional, ciclotímico, viviendo en el aislamiento, prisionero de su carácter que era una mezcla de debilidad enfermiza, de grandeza de alma, de sensibilidad y orgullo, escribe: "Yo también he probado algunas veces las sordas tempestades de la vida, los arrebatos desesperados hacia la dicha".

"Como el náutico que va a sumergirse bajo la ola, siento ímpetus locos de adherirme a la vida, arrepentimientos desesperados me ahogan y me hacen pedir socorro. Después toda esta agonía, se resuelve en el abatimiento".

Maurice de Guérin, tuberculoso, herido por la vida, angustiado por escrúpulos cristianos, irresoluto y débil, inapto para la vida exterior, sometido a los cambios de horas y de días, canta y glorifica

a la vida, la fuerza pujante, en "El Centauro", el más magnífica poema en prosa del romanticismo.

Lo social en función biológica.—La vida colectiva está hecha con todas las disonancias de las tonalidades afectivas humanas. Los estados psíquicos individuales, son sistemas impermeables los unos a los otros. No podemos más que coger rápidamente, al paso, o adivinar, presentir sobre cimas alejadas, los sincronismos afectivos, las resonancias espirituales de las almas.

La amistad es aspiración de un pensamiento y una afectividad que buscan identificarse; esfuerzo perpétuo del alma exaltada por la espera, fe indefectible en la soberanía del espíritu y en la belleza de algunas almas y de espiritualidades fuertes; religión y comunión perpétuas, nostalgia platoniana de las almas.

La amistad, unión eterna de las almas, no puede existir mas que sobre las altas cumbres del pensamiento y del corazón. Algunas veces no es más que una inmensa perspectiva entrevista a la luz de un relámpago, Ella une los pensamientos, las efusiones espirituales de los vivos, con los seres desaparecidos.

La amistad no puede durar sin una religión interior de belleza y de elevación espiritual. No se sostiene mas que de fe, de dolores, de emociones y de alegrías puras, de todas las dignidades y de todas las serenidades del pensamiento y del corazón.

A lo demás a que se da el nombre de amistad, nos es sino con-fabulación de intereses egoístas, a veces complicidad y en otras simulación de ambiciones contrapuestas. Es en el amor, sobre todo, que el ser humano ha püesto en obra todo su poder de ensueño, su facultad maravillosa de transfiguración: consecuencia platoniana de la belleza espiritual, mas allá de la emoción turbia que Sócrates experimentaba en presencia de los jóvenes. Ideal caballeresco medieval, culto de la Virgen, figuras místicas protectoras. Letanías de Baudelaire, ensueño de Rossetti por encima de las más imperiosas y brutales sensualidades. Gran velo de ilusión magníficamente arrojado sobre la vida, sobre su precariedad y su secreta angustia.

Pero, lo que la mayoría de los hombres llama amor, se parece muy poco al amor. Los más bellos amores son aquellos que han sido —como en la leyenda de Tristán e Isolda— interrumpidos brutalmente por la muerte.

La horrorosa saciedad ensombrece los pobres amores de los hombres, en las querellas vanas y en los rompimientos.

Una ley implacable precipita los unos hacia los otros, los elementos humanos contrarios, ciegos y locos, al azar del tumulto pa-

ra conjunciones fugaces que ellos creían o deseaban sublimes y eternas.

En el "Sueño de una Noche de Verano", Puck derrama sobre los párpados de los seres el jugo de una flor que los hacía apoderarse de la primera criatura que encontraban, y Titania de Bottom tiene la cabeza de asno.

A la idea de la fatalidad del amor y de la dolorosa confusión de los seres vivos, nuestro conocimiento fisiológico ha añadido la noción de las secreciones internas, tan cegadoras y turbadoras, como la flor de Puck: trampa fatal de la especie, demencia furiosa y cruel hasta la muerte, tortura y esclavitud, que a veces se resuelve en el drama sangriento, en cuyo fondo queda mal trecho el genio de la especie.

Al decir de Bergson, el amor romántico apareció en la Edad Media, ocupando el espacio entre las dos fuentes de la moral y la religión.

Por eso mismo hasta su expresión participa del lenguaje y fervor místicos, con que el hombre empezó a transfigurar su pasión amorosa.

Los antiguos con Lucrecio, no habían hablado de ilusiones del amor, sino en cuanto se refería a los aspectos físicos del objeto amado.

La eterna gloria de Montaigne es la de haber expresado magníficamente su amistad por Estienne de la Boetie, amistad de una calidad excepcional nacida súbitamente del contacto de dos almas, predestinada, fatal, como la atracción de los dos polos magnéticos contrarios. "Yo creo, decía, que por algún mandato del Cielo".

Y Montaigne tuvo razón en situar la amistad, cuya duración e incremento son limitados, porque ella es de esencia espiritual, muy por encima de las pasiones del amor que no pueden durar y, a veces, mueren rápidamente.

"Toda filosofía es necesariamente imperfecta, decía Renán, porque aspira a encerrar en un cuadro limitado, todo el infinito; solo el Arte es infinito".

El arte es, como el amor, como la esperanza religiosa, el más alto y magnífico mensaje del espíritu a través del tiempo. Es el reflejo de todas las capacidades de adoración que existen en el corazón de los hombres. No alcanzamos más que por nuestras elevaciones espirituales, todo lo que, en el fondo de nuestro ser, permanece insatisfecho, anhelante, expectante.

Largo surco luminoso en la noche profunda del pasado, única supervivencia de la historia de las civilizaciones desaparecidas, cuyos vestigios, templos, mármoles blancos, se levantan hacia el cie-

lo, curvas armónicas y geométricas que duran más allá de la extinción del pensamiento y de la conciencia humanas, atestiguando la perennidad del esfuerzo renovado e insatisfecho, hacia la belleza y su expresión simbólica, la permanente aspiración, la presencia espiritual. Simbolización de la pasión interior, persecución de un sueño de formas, de líneas, de vibraciones musicales, de relaciones numéricas armónicas que pudieran contener una visión interior del alma, de la naturaleza, del amor y de lo divino.

Los pitagóricos pensaban que una armonía musical existía en los seres y a través de los mundos. Nuestra concepción científica y poética ha vuelto a tomar el magnífico símbolo pitagórico.

Todo arte es musical, en su esencia. Una música misteriosa habita en las profundidades interiores del hombre, hace resonar las almas sincrónicamente, llena la naturaleza en la cual, el alma reconoce sus vibraciones y sus ritmos.

El paisaje y el hombre.—La naturaleza es la fuente más segura e inextinguible de contemplación espiritual. Parece que fuera un espejo en el cual nuestra alma se refleja y vuelve a encontrarse. Amiel ha dicho con mucha verdad: **“Un paisaje es un estado de ánimo y quien lee en ambos, se asombra de encontrar la similitud en cada detalle”**.

En nuestro pasado espiritual viven imágenes de estados de la naturaleza, asociados a los momentos cambiantes de nuestro pensamiento o de nuestra afectividad. Son inseparables los unos de los otros y se evocan mutuamente.

Tardes grises que caen lentamente sobre los campos. Velos de vapor y de espiritualidad. Convalecencia espiritual, paz y serenidad reconquistadas, después de las grandes crisis, cómo se acoplan con esas tardes. Crepúsculos recogidos y piadosos, límpidos y llenos de piedad divina. Humos azules subiendo lentos y persistentes sobre la techumbre de las cabañas humildes. Paz virgiliana, tantas veces sentida y bendecida, que nace con la sombra violácea que sube desde los valles, sumergiendo las cosas en un éxtasis religioso.

Horas de la noche, en las que todas las cosas pierden sus relieves, sus aristas vivas, sus detalles. Horas que sintetizan, espiritualizan y dejan escapar el alma secreta de las cosas, en una como fuga hacia el misterio. Noches conmovedoras y tiernas en que se pierden las últimas notas de las campanas de las viejas iglesias, en un llamamiento a la resignación y al perdón.

Mañanas radiantes y luminosas que disipan las torturas de una noche de dolor o de angustia, que alegran el corazón ante el

niño que renace y la enfermedad que huye, después de las noches febriles y aterrantes. Resignación serena de los grandes árboles inmóviles y soñadores. Grandes árboles austeros y estoicos, tendiendo sus brazos desnudos y negros, finos y encabestrados, hacia un pálido sol.

Montañas de nuestra patria, grandiosas y serenas, cubiertas de impoluta nieve, nos hablan de altas aspiraciones y son como antenas inmensas para enviar nuestros mensajes al Infinito.

Selvas del trópico que al amanecer, despiertan en una orgía de rumores y de perfumes penetrantes, diluídos en ese vaho azul indefinible, acariciador y penetrante que sólo la paleta mágica de Juan León Mera Iturralde ha podido imitar.

Mañanas de nuestra Costa, cuando la mar está en calma y parece un infinito espejo pálido, inmaterial, prolongando el cielo bajo el cual timidamente se arrastra la bruma. Barcas de pesca dispersas en la inmensidad, con sus velas blancas flácidas, a las cuales ningún viento hincha y estuvieran como fijas, fantasmales, sobre un elemento irreal. Un estremecimiento dulce, meditativo, piadoso, parece agitar las cosas, mientras allá el acantilado se dibuja en azules contornos, de donde emerge esa especie de fluído tentador que atrae a los buscadores de aventuras, y acá, a la entrada del pequeño puerto, junto a las casas de pescadores, una cruz humilde de madera abre sus brazos, acojedora y protejiente, de todo aquello que vive y sufre en esas playas que caen de hinojos sobre el mar, como un espíritu en meditación, replegado ante el infinito.

Sobre las ciudades, en la tarde, cuando la noche se aproxima lentamente, una bruma de plata cae poco a poco sobre ellas, envolviendo todas las cosas y las siluetas en su ligero velo, hasta cuando las luces lo perforan en mil puntos diversos.

Un planeta, Júpiter o Venus, brilla en la atmósfera fría, profunda inmaterial, en la lejanía del horizonte, como la estrella de la Anunciación.

Las altas torres y las cúpulas de las iglesias, pensativas y recogidas, dominan el rebaño apretado de las casas que destacan sus contornos sobre el fondo de las colinas teñidas de oro muerto, a la luz del crepúsculo.

No es mas que, en la sombra de los silencios y de las soledades que se forjan las aceptaciones y las sublimaciones espirituales, que se restañan todas las heridas y nos encaminamos, en lentas progresiones, hacia el estoicismo dulcemente amargo y secreto.

Lo que menos comprenden los hombres es el repliegue silencioso para sufrir la acumulación íntima, para transformar en fuerza secreta, todo aquello que ofende y que hiere.

Y estas actitudes del alma solo se alcanzan, de tarde en tarde, cuando el hombre, frente al paisaje se deja embargar por su encanto misterioso y subyugante, cuando abre las ventanas de su alma, para que penetre por ellas, ese efluvio cósmico que anula nuestras resistencias, nuestros resentimientos y es como un narcótico sutil que, sublimizándonos, eleva nuestra alma, a regiones en donde se adivina la presencia de una inteligencia universal e infinita de la cual formamos parte, y hacia la cual habremos de retornar.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

BIBLIOGRAFIA

- Bergson Henri.**—*Matiere et memoire.*—París, Alcan, 1914.
- Bergson Henri.**—*L'évolution creatrice.*—París, Durant, 1916.
- Blondel Charles.**—*La mentalidad primitiva.*—París, Hernando, 1927.
- Bochenski. I. M.**—*La Filosofía actual.*—México, Fondo de Cultura, 1951.
- Büchner Luis.**—*Ciencia y Naturaleza*, Trad. J. González Llana.—F. Sempere y Cia.—Valencia s.a.
- Büchner Luis.**—*Fuerza y Materia*, Trad. A. Gómez Pinilla.—Sempe-re y Cia.—Valencia, s.a.
- Cassirer Ernest.**—*Individuo y cosmos en la filosofía del Renacimiento.*—Emecé, Buenos Aires, 1951.
- Descartes.**—*Las pasiones del alma y cartas sobre psicología.*—Buenos Aires, Elevación, 1944.
- Duclaux J.**—*Química de la Materia Viva.*—Trad. J. M. Remis, Madrid, 1920.
- Emerson R. W.**—*La Ley de la Vida*, Trad. B. N. Veles, Madrid.
- Emerson R. W.**—*Siete Ensayos, Zigzag*, Santiago de Chile.
- Hussel Edmond.**—*Meditaciones cartesianas.*—Trad. J. Gaos, México, 1942.
- Lubac Henri de.**—*Le Drame de l'Humanisme atheé.*—Edit. Spes, París, 1945.
- Molina Enrique.**—*De lo espiritual en la vida humana.*—Nacimiento, Santiago, 1937.
- Montaigne Michel de.**—*Ensayos.*—Buenos Aires, 1941.
- Merser August.**—*Filosofía Moderna*, Trad. Luis Aznar (De Kant a Hegel).—Buenos Aires, Espasa Calpe, 1939.
- Scheler Max.**—*De lo eterno en el hombre (Revista de Occidente.*—Trad. de Juan Marías).—Madrid, 1940.
- Stern Alfredo.**—*La Filosofía de Sartre y el psicoanálisis existencialista.*—Buenos Aires, Imán, 1951.
- Renard Maurice.**—*Pensées sur la Biologie et l' esprit*, París, 1938.
- Richet Charles.**—*Los ídolos de un filósofo.*—Araluce, Barcelona.
- Russel Bertrand.**—*Los problemas de la Filosofía.* Edit. Labor, Barcelona, 1928.